



Trabajo de grado
“Oshun baila cumbia”

Presentado por:
Eduar Barbosa Caro
Código: 200007000

Tutoría:
Carlos Arcila Calderón, PhD

Comunicación Social y Periodismo
2012

Índice

Dedicatoria.....	Pág. 3
“Entre hayacas y santos”.....	Pág. 4
• Buenos días, Orishas	
• Raíces	
• Consejos de padre	
• ¿Somos diferentes?	
• “Trabajar por el bien”	
“¿Dónde están los santos?”.....	Pág. 9
• Llegando a la Religión Yoruba	
• Una gran familia	
• El cuarto de los santos	
• “La religión del Negro...”	
“A los pies de San Nicolás”.....	Pág. 13
• En la mitad de la plaza	
• Un negocio esotérico	
• De todo un poco	
• Tabú	
Anexos fotográficos.....	Pág. 17

*A Él, que con Sus palabras
me guía en todo momento.*

Entre hayacas y santos

Buenos días, Orishas

Elegguá, Ochosi y Oggun me miraban fijamente. Las deidades Yoruba Estaban debajo de una pequeña mesa en la sala de la casa. Inalterables, me veían con sus ojos de caracoles blancos y sus bocas gruesas y brillantes. Detrás de ellos unas vasijas con clavos y maderas. Los platos donde estaban sus cabezas de piedra tenían dulces, “son los Orishas guerreros”, me dijo la esposa de Julio Carreño acomodándose las gafas en la cabeza, mientras mecía suavemente a una niña de unos tres años de edad.

— ¿Cómo estás, Eduar?

—Bien, señora Socorro—respondí sin dejar de mirar un cuadro que colgaba de la pared. ¿Y ustedes?

—Aquí, *mijo*, con calor, y cuidando a mi nieta.

Al final del pasillo, en un cuarto, había una mesa con figuras de seres humanos miniatura y utensilios que no alcanzaba a observar con claridad. Unas cuantas pinturas adornaban las paredes, y un Buda barrigón le sonreía al techo sosteniendo entre sus manos una especie de tazón. Encima del marco de la puerta estaba Jesús crucificado.

La Religión Yoruba, en su mayoría apegada todavía al sincretismo, utiliza formas propias de adoración provenientes del continente africano —más específicamente de una zona entre Benín y Nigeria— que se han ido mezclando con diversas culturas alrededor del mundo. En esta casa ubicada en el barrio El Paraíso, en Barranquilla, la religión que se conoce popularmente como “Santería” se vive al margen del catolicismo imperante en Colombia.

Cuando Julio salió del baño, habiendo desaparecido de su barba la espuma de afeitar, se sentó en la mecedora que estaba a mi lado izquierdo. Respiró hondo, se sacó un poco las sandalias y le dio vuelta al abanico para que contrarrestara el calor que hacía en ese rincón de la casa.

—Bueno, cuéntame, muchacho...—dijo el hombre acomodándose en el asiento.

El silencio de fondo era interrumpido por el sonido de agua hirviendo.

Raíces

Mi abuela era santera, mis hermanos son santeros. En un principio me guiaba por sus consejos, y luego conocí a Eloy. En los noventas yo era dueño de una licorera que se llamaba Changó, y allá fue donde lo conocí. Un día cualquiera, había salido un rato y cuando iba de regreso al local me di cuenta de que había una pareja bajándose de un taxi en toda la puerta. Eran ellos, Eloy y Fanny Tromp. Iban pasando por ahí y cuando vieron el nombre decidieron salir del carro. Entraron y hablaron conmigo y así fue todo.

Lo que yo veía en Cuba... Hombres y mujeres vestidos de blanco caminando por las calles, siendo respetados y admirados por todos. Crecí diciendo que quería ser como ellos algún día, pero eso no lo supe a ciencia cierta hasta después de muchos años. “Mira, mira, un babalawo”, decíamos los chicos cuando veíamos alguno dando un paseo, tú sabe’. Y eso es cultural, no como aquí, que no saben quién es uno. Admiran al charlatán, y dudan del verdadero santero.

Cuando llegué a Barranquilla con mi señora ella no conocía mucho de la Religión Yoruba, así que no pudimos abrirnos tanto camino. No conocíamos a nadie, pero nos dimos cuenta desde Chiquinquirá, el barrio donde vivíamos, que en Colombia había un gran vacío: la falta de una espiritualidad que llenara a la gente. A pesar de ser un país católico, cuando comenzamos a trabajar muchos comenzaron a consultarse, acudían a nosotros y de esa manera empezamos nuestro camino.

Una vez, yendo por una de las calles en el centro de Barranquilla, una persona me preguntó que por qué me vestía siempre de blanco. Yo le dije que me gustaba el blanco. Luego, cuando me volvieron a preguntar, dije lo mismo. Y así. Hasta que un día le dije a alguien, “mire, yo soy babalawo, ¿ve?”, y le mostré los collares y mi muñeca: “soy sacerdote santero”. Uno debe identificarse con lo que es, así como lo hace el médico, el músico y los demás.

Consejos de padre

Julio estaba dentro de un cuarto hablando por teléfono y de vez en cuando subía un poco la voz. Escuché unos pasos que venían de la cocina y giré la cabeza. Era la señora Socorro que salía hasta el umbral de la puerta y se quedaba de pie, mirándome.

- ¿Está haciendo pasteles?—pregunté sonriendo.
- No, son hayacas para un cumpleaños. Pero esto es trabaja’o...
- ¿Las vende?

—No, *mijo*, para venderlas necesitaría hacer más y con más personal. Esto requiere de mucho tiempo en la cocina preparando las hayacas y luego cocinándolas. Si tú me dices que me vas a comprar bastantes, pues yo contrato a la gente y te las hago, sino, no.

Socorro levantó la tapa de la olla y comenzó a sacar una a una las hayacas. Las puso a un lado, en un fogón apagado, quitando varias hojas de plátano que mantenían apretados los paquetes verdes. Eran decenas de ellos, todos humeantes y de tamaño similar.

Cuando Carreño terminó la conversación, salió y me dijo que era su hija la que había llamado. “Está sola en Estados Unidos y a veces necesita guía. Y quién mejor que su para darle unas palabras de aliento. A veces, cuando se siente decaída, le hablo desde ese lado que muchos descuidamos: el espiritual. La aconsejo y le digo que confíe. En este mundo hay muchas cosas malas, hay mucha maldad, por eso nosotros los santeros no trabajamos a favor de eso, siempre queremos hacer el bien. Santero que haga lo contrario, no es santero”.

El babalawo describe a su hija como una morena alta e inteligente. Ella también es santera. Julio conoció a Socorro en Estados Unidos hace un par de décadas, y desde entonces han vivido juntos tanto en Colombia como en Panamá. Cuando dejaron Barranquilla y se fueron a vivir al pequeño país del sureste de América Central, las personas que se consultaban con Julio comenzaron a llamarlo para que volviera y siguiera acompañándolos en la Religión. “Yo venía mucho a Colombia para consultar y trabajar con los que vivían acá, pero un día decidí volver por completo”, me cuenta al tiempo que se come unos panes con jugo de naranja. Con cautela parte a la mitad los panecillos salados y los unta con mantequilla. “¿Será que la señora Socorro me puede regalar otro poquito de jugo?”, dice el hombre envuelto en ropas blancas antes de llevarse a la boca otro pedazo de pan. La mujer salió de la cocina con la botella en la mano y le sirvió un poco del líquido amarillento. Acto seguido se retiró de la mesa en silencio.

¿Somos diferentes?

Alguien estaba tocando a la puerta. Julio se disculpó con una seña y se levantó de la mesa para abrirle a los invitados: un babalawo y una mujer morena que lo acompañaba.

—Mucho gusto, Armando—expresó con una sonrisa el hombre que acababa de entrar a la casa.

—Mucho gusto, Eduar—respondí de inmediato levantándome súbitamente de la silla.

Armando llevaba en su mano izquierda una pulsera que consistía en un mazo de varias hileras de cuentas verdes y amarillas: Orula, el oráculo supremo que conoce el pasado, el presente y el futuro a través de Ifá. Es un hombre de brazos fuertes y mirada calmada. Está vestido con una bermuda y una camiseta blanca ajustada al cuerpo. No habla, simplemente nos observa desde el extremo de la mesa de seis puestos. Se sentó con nosotros, pero antes entró a la cocina y se sirvió una taza de café.

La mañana avanzaba. Los dos hombres se hicieron las preguntas protocolarias para luego seguir disfrutando cada uno de su respectiva comida. Mi jugo se había terminado pero no tomé más.

—No entiendo por qué la gente ve la religión Yoruba como algo dañino. Te voy a poner un ejemplo—espetó Julio mirándome fijamente—. Un católico viene hasta la puerta de mi casa a formarme una algarabía porque soy santero. Comienza a gritar, a decirme vulgaridades, y a gruñir que me vaya de su barrio. ¿Qué hago? Salgo y le digo que un par de cuadras más abajo hay una mezquita, un templo cristiano o que está en curso un culto evangélico. Le pregunto por qué no va a alguno de esos lugares y forma la misma algarabía. ¿Qué va a hacer? Nada. Al parecer somos muy diferentes, aunque haya otros muy diferentes también. Yo le podría decir que ellos tampoco profesan su religión y que entonces puede ir a molestarlos, pero te aseguro que no lo haré.

El invitado interioriza nuestra conversación. Escucha atentamente las palabras de Julio al tiempo que toma varios sorbos de café caliente. “Los Orishas nos cuidan. Nosotros los seres humanos debemos respetarnos los unos a los otros. Yo los respeto a ellos, respeto sus creencias, su modo de pensar y las decisiones que han tomado en su vida, y por eso espero que por lo menos ellos me respeten a mí. Es algo muy básico, pero que al parecer les cuesta”. Asentí. Julio tomó el último pan y lo partió con el cuchillo. El panecillo crujió y saltaron de él cientos de migajas que se esparcieron en el plato y la mesa. La mantequilla estaba blanda ya, lo que hizo más fácil untarla.

“Trabajar por el bien”

Ifá es tan amplio que nunca se deja de estudiar. Te mueres y todavía no has terminado de conocerlo. No es algo estático, que esté escrito únicamente y que se quedará así por siempre. Tratamos de arrojar luz en el camino de todo el mundo, y de eso se trata, pues si te

das cuenta, hasta en la Biblia dice que en un principio todo era oscuridad, que todo era vacío. Oloddumare ordenó hacer la luz, y entonces se aclaró todo.

No se puede pretender, entonces, que no haya gente mala en la Tierra. Lo que tenemos que hacer nosotros es trabajar por el bien. Si siempre ha habido oscuridad, ¿quién ha dicho que va a desaparecer por completo?

¿Dónde están los santos?

Llegando a la Religión Yoruba

“Si me tienen que cortar el cabello, que me lo corten”, dijo la hija de la señora Carmen Casalins en la “coronación de su santo”, convirtiéndose así a la Religión Yoruba. Para Carmen, una mujer de tez blanca y cabello azabache, su familia y lo que la Religión le ha dado significa todo. Su esposo, Carlos Ahumada, me dice que desde que juntos empezaron en la Religión Yoruba su vida se ha ordenado armónicamente: “no hay azar, los santos nos aconsejan, pero está en uno decidir si aplica sus consejos o no. Cuando hacemos el mal, estamos por nuestra cuenta”, relata con la calma del domingo que se acaba.

Antes de comenzar la conversación, la señora de la casa me trajo un vaso con gaseosa sabor a *kola* que me duró dos horas. Ella y su marido se desempeñan como contadores en las áreas financieras y de asuntos tributarios de distintas empresas. Destilan amor. Carmen sonríe en todo momento, mientras el señor Ahumada reposa la espalda en el mueble con forma de “U” en donde estamos sentados. El menor de los tres hijos, Carlos, me mira desde el segundo piso de la casa. Las baldosas negras no reflejan nada, salvo la pulcritud y el orden de una casa iluminada por el sol de la tarde.

—Conocí la Religión Yoruba porque mi hermana me llevó a la casa de una amiga de ella, que resultó ser la esposa de un babalawo. Estuvo insistiéndome por casi seis meses para que fuéramos a visitarlos, hasta que accedí. Prácticamente me acerqué por pura curiosidad. Cuando me consulté por primera vez...

—Regresó llorando—interrumpió Carlos, acomodándose los zapatos—, y yo le preguntaba que por qué una mujer tan fuerte como ella estaba así. Tenía la cara descompuesta, así que le dije que la próxima vez que fuera, yo la acompañaría. Esa vez...

—Él se quedó afuera—dice Carmen sin perderlo de vista. Fueron cosas muy fuertes...

—Yo quería saber qué le iban a decir, pero estaba sentado lejos de ella en un mecedor. En ese instante se me acercó Papo Angarica, un santero y músico cubano, y me dijo que lo siguiera. Entré.

Cuando Carmen llegó a la Religión Yoruba tenía 45 años. “Nunca es tarde”, piensa, pues para ella era el momento indicado: “todo está escrito, sólo hay que prestar atención y estudiar. Estudiar mucho”.

La señora Casalins tiene una camisilla blanca y unos jeans. El hogar está en silencio, no puedo evitar pensar en los cueros de un batá retumbando en el recinto, un tambor dedicado a un santo, una fiesta. Los techos son altos y se puede atravesar la casa con la mirada desde la puerta principal. Pero no hay nada que a simple vista recuerde a África, sólo los colores de la pulsera que lleva la mujer en su mano izquierda.

A la secuencia de eventos se suma el hijo mayor de la pareja, Christian Cuartas. Pasa a un lado de nosotros casi sin percibirnos, sólo voltea para sonreír levemente y seguir su camino. “Él está en un momento donde se encuentra un poco distanciado...”, apunta Carmen rápidamente. “Él no se ha hecho santo, y tampoco lo vamos a obligar. Es su decisión...”, comenta levantando un poco los hombros.

Ellos nunca se tocaron. Hablaron de un lado del sillón a otro como si fuera una visita de novios en los años setenta, época en la que mi abuelo no dejaba que mi mamá y mi papá se sentaran juntos en las visitas premaritales. Él es moreno y descomplicado, tiene el cuello de la camisa un poco levantado pero no se ha percatado. O no sé si se percató y le da lo mismo.

Se hacía tarde. Carlos se levantó y encendió una lámpara que me nubló la vista por unos segundos. Una luz blanca invadió el lugar, que no proyectaba sombras por ninguna parte. Ya no se escuchaban las voces ni las risas ocasionales de los hijos en la segunda planta, tampoco el sonido de los carros en la calle.

Una gran familia

Conocimos a Julio Carreño a finales de los años noventa, y es como si fuera parte de la familia. Es mi padrino en la Religión, y llevamos una relación de amigos, de personas que se preocupan el uno por el otro, lo mismo pasa con Eloy. Él es un señor de edad y procuramos cuidarlo bien. Cuando Fanny Tromp, su esposa, lo deja en Barranquilla por unos días, salimos juntos a comer helado porque a él le encanta, somos casi que complacientes.

Si uno hace parte de esto es porque ha comprendido muchas cosas. Energías... Al fin y al cabo, todas las prácticas que se basan en lo natural y en el entendimiento de lo que nos rodea trabajan con energías, y eso son los Orishas.

Mi hija sabe y no sabe lo que tiene. Ella es consciente de lo que la Ocha puede darle, pero creo que no alcanza a ver todavía la magnitud de lo posee entre las manos. Al principio, cuando Carlos y yo recibimos los collares, no sabíamos qué hacer con ese poder.

A veces uno hacía los *trabajos* pero si no veía el cambio de inmediato, se desesperaba. No. Hay mucha gente que viene buscando soluciones inmediatas, pero los santos no se mueven así. Hay que tener fe y paciencia, porque las cosas suceden cuando tienen que suceder, ya están escritas.

Yo vivo en *Ifá*, tú vives en *Ifá*, todos vivimos en *Ifá*. *Ifá* es el pasado, el presente y el futuro del cual nos habla Orula, “Testigo del Destino”. Cada acción debería estar orientada a cumplir ese destino, pero como te dijo Carlos, si actúas mal estás por tu cuenta. Una vez se me dijo que tenía que dejar mi casa y que en mi nuevo hogar podría tener un cuarto de santo, y yo pensé “¿Dejar mi casa? Este tipo qué me está diciendo...”. Era una casa muy bonita, más pequeña que esta pero estaba bien arreglada y era cómoda. Jamás pensé en que la dejaría, pero aquí estoy. Hay que confiar.

Siempre he pensado que este tipo de cosas no le suceden a muchas personas, es decir, encontrarse de frente con una Religión que está para hacerte mejor y no para convertirte en un fanático. No vamos por la calle convenciendo gente, las personas llegan solas.

El cuarto de los santos

Carmen hizo silencio por unos segundos y luego me pidió que me levantara. Abrió una puerta. “¿Puedo entrar?”, pregunté con la formalidad del caso. No había nada. Sólo paredes color hueso y papel periódico en el suelo del recinto. Un olor a pintura recién aplicada invadía el espacio, y unos ganchos metálicos sobresalían de las paredes. “Ahí estaban los santos, pero los subimos porque estamos remodelando”.

La estancia es amplia y tiene una puerta que comunica, al parecer, con un callejón. Está bien iluminada y una vez más mi imaginación coloca vasijas, cuentas de colores y flores en donde sólo hay blanco y más blanco. Carlos entra detrás de mí observando con calma el techo. “Tiene este otro espacio de este lado”, me muestra la señora Casalins dando dos pasos hasta un rincón del cuarto. Blanco y más blanco. Cuando salimos de la habitación vacía ella estaba sonriente, ahí estaba su cuarto de santos.

“La religión del Negro...”

Carlos sigue imperturbable, al tiempo que Carmen reanuda su relato. “En Barranquilla hay más casas de santeros de las que puedas imaginar”, comenta poniendo los codos encima de sus rodillas. “En unas 10 cuadras a la redonda, pueden haber cinco o seis casas donde se

vive la Religión. ¿Qué me dice eso? Que se está expandiendo, y aunque sigue un tanto oculta, está llegando a más gente. Es cuestión de tiempo”.

Los familiares de la pareja no están de acuerdo con que practiquen la Religión Yoruba, pero cuando hay fiesta de un santo van y se la gozan. Comen, bailan, se ríen. Disfrutan con ellos a pesar de que sus creencias vayan por otro lado. “Hay algo que debo resaltar y es que todos se meten con nuestra religión, pero nosotros no nos metemos con la de ninguno”, anota Carmen.

—Se habla mucho de que somos brujos, espiritistas, quirománticos y demás, porque para entendernos se necesita abrir la mente. Si tratas de juzgar desde la perspectiva de lo que domina, estás comenzando por donde no se debe. La experiencia propia es lo que te marca el camino.

—Sí... —Carlos toma aire como si contara los segundos antes de hablar—Es la historia. Los negros vinieron obligados a este continente y trajeron consigo su cultura y su religión.

—Ellos no sabían que vendrían a América. Un día llegaron unos desconocidos, los embarcaron y los esclavizaron. Eloy cuenta que aun sus antepasados más cercanos fueron esclavos, así que no es nada que no podamos palpar todavía.

El sincretismo fue lo que salvaguardó las creencias Yoruba violentadas por la imposición del catolicismo. “Yo tengo coronada a Oshun, que sincretiza con la Virgen de la Caridad del Cobre”, apunta Casalins, “Carlos, en cambio, tiene hecho Obbatalá”.

Desde donde estamos sentados ya no puedo ver el patio de la casa. La noche se ha puesto sobre nosotros como una gran tapa, anunciando que el fin de semana está por terminar. La hija de Oshun —deidad de la sensualidad y el agua dulce—, con sus rasgos puntiagudos y palabras pausadas, se acomoda el cabello que le cae sobre la frente y mueve las manos con la fuerza y la velocidad de cada idea.

Fueron a Cuba juntos. Ahora, luego de varios años, siguen reflexionando sobre las razones que les da la vida para continuar creyendo en los Orishas.

—Fíjate, Eduar, que ahora mismo es más la gente blanca la que practica esta Religión. Para mí la tradición Yoruba es, como leí en algún momento, la religión del Negro al servicio del hombre blanco—agrega Carmen agarrando la pulsera que siempre la acompaña.

A los pies de San Nicolás

En la mitad de la plaza

¿Hacia la izquierda? ¿Hacia la derecha? Las callejuelas del centro de Barranquilla son muy parecidas, por no decir que idénticas. Pequeños puestos donde arreglan relojes, ventas de libros de segunda/tercera/cuarta mano, muchachas con atributos y ropas llamativas invitándote a entrar a los almacenes para que mires “sin compromiso”.

Huele a gente, a pan de bono recién hecho, a agua estancada. La lluvia ha hecho lo suyo con las alcantarillas, por eso la gente usa improvisados puentes de madera para no mojarse el calzado. “Vea, doña, no se moje los pies que esa agua da hongo”, súbase al puente”. El hombre sin camiseta estira la mano y recibe la moneda que le da la señora entaconada.

Por fin llego a la Plaza de San Nicolás pero no tengo cómo llamar a Julio Carreño, el babalawo. Busco alguien que venda minutos a celular y le pido uno. “Julio, ¿dónde andas?... ¿Quince minutos?... ¿Cómo llego? Listo, yo te espero.”

Me muevo de un lado a otro y el vendedor de llamadas me mira con desconfianza. Cuando me ubico de espaldas a la Iglesia de San Nicolás, volteo hacia mi derecha y veo una calle llena de pequeños locales. Son cajas de madera de dos metros de alto donde venden de todo. “Perfecto, Julio, ya sé por dónde queda. Gracias”. Colgué y le di 200 pesos al sujeto.

Doy unos cuantos pasos bajo la lluvia inminente, mientras los últimos destellos de sol se cueban entre las nubes color ceniza. No sé de dónde sale tanta gente. Alguien va entrando a la Iglesia con un niño cargado. El templo es una estructura imponente, y ahora que está restaurado se alza vibrante de color entre miles de comercios: parece que apuñalara el cielo. Tres hombres sentados en las faldas de la Iglesia conversan sonriendo. Lejos de ellos, un *sin casa* habla consigo mismo. Está concentrado quitándose la mugre de una uña.

Éste debe ser el local. Como no alcanzaba a ver el aviso, no estaba seguro si aquella era la tienda de Carreño, pero al acercarme un poco más no me quedó duda.

—Buenas tardes. ¿Qué se le ofrece? —dijo un hombre levantándose detrás del mostrador.

—Buenas. Gracias, por ahora nada. Julio debe estar por llegar en un rato, acabo de hablar con él.

—Lo puedes esperar en esa silla—respondió el joven que atendía el negocio señalándome una silla plástica en un rincón.

Salí a la calle un par de minutos y ahí vi el letrero impreso en letras grandes con un fondo colorido. La tienda “ORISHAS” se esconde a la vista del transeúnte casual.

Un negocio esotérico

Antes de sentarse, Julio me da la mano y me pide permiso para ir a la parte de atrás de la tienda. “Voy a saludar”, me dice, sin dar más explicaciones. Sentado fuera del local, puedo ver la silueta del hombre moreno a través de una delgada cortina de encajes. Está de pie mirando hacia un espacio oculto a mis ojos. Se inclina un par de veces y sale.

—Aquí se venden aceites, esencias, velas, veladoras, baños, riegos, jabones, tabacos... Todo lo que tenga que ver con el campo esotérico y la Religión Yoruba. Como aquí no se conoce tanto la Religión, lo que más compran son los aceites, velas, veladoras y esencias... La verdad, es muy poco lo que se vende de la Religión Yoruba.

Desde el final de la calle nos llega un débil Jala Jala, de Richie Ray y Bobby Cruz. Frente a la tienda esotérica está un sujeto que repara relojes antiguos. Tiene diplomas otorgados por las marcas más famosas, haciendo referencia a cursos de reparación y restauración de estas máquinas variopintas. Al lado de él, como testigo del tiempo, un reloj de pared que soltó al rato unos cuantos campanazos—luego me enteraría de que no sonaba mucho porque al dueño se le olvidaba darle cuerda—.

—Voy a hacer velas con mis propias manos. No es lo mismo una vela rezada a una vela normal, ¿sabes? Ése es el valor agregado. Llevarán una parte de mí, tendrán más fuerza en todos los aspectos, porque soy sacerdote de Ifá.

—¿Qué es lo que más busca la gente?

—Este negocio es relativamente nuevo, estoy aquí desde marzo. La gente busca prosperidad, pero más que todo buscan amarrar a la pareja...

El joven que me atendió cuando llegué no deja de observarnos. Tiene los antebrazos apoyados en la vitrina del local, donde hay decenas de frasquitos con rótulos de colores. Hay para todo: dinero, “abre caminos” y hasta para sacarte de un atolladero de cualquier tipo. Estampas de los santos y la virgen, libritos de novenas. En otro de los mostradores hay un libro sobre la Religión Yoruba. Es un grueso volumen de color azul claro con letras negras en la portada.

—Los artículos de la Religión vienen de Venezuela y otros son elaborados aquí, pero esos son muy pocos. Las velas, veladoras, aceites, esencias y jabones son casi todos elaborados en Barranquilla. De Venezuela traigo la cascarilla, la manteca de corajo y literatura espiritual.

—¿Cuánto valen los collares?

—Valen dos mil pesos, pero son collares no consagrados. Simplemente son collares... Después tienen un proceso de consagración y una ceremonia de entrega a las personas. Son, como les dicen popularmente “collares judíos”.

Julio me cuenta que decidió poner el negocio esotérico porque tiene que “ir con el programa”. “Hay pocos seguidores de la Religión Yoruba porque para muchos desconocida”, comenta el babalawo, haciendo énfasis en que no por ignorancia sino por

desconocimiento la gente piensa que la Religión es brujería o porquería. “Si fuera un local donde sólo se vendan artículos Yoruba no tendría un gran impacto”, agrega.

De todo un poco

La gente no quiere salvarse, no quiere escuchar la Verdad. Si pones a cualquier a cualquier ser humano y le dices “con esto te salvas, pero con esto hundes al prójimo”, la persona tiende a lanzarse hacia lo que hunde al prójimo, porque si está mal no quiere salvarse, quiere que otro se hunda con él. Esta es la visión que he tenido en estos años de trabajo. Por eso las personas buscan algunos aceites, esencias y veladoras así como las llamadas “veladoras del pene” o de la vulva, veladoras de la separación o veladoras negras... Ahora, con las personas que yo atiendo es diferente, porque ellos compran lo que yo les sugiero o lo que les va a servir según lo que les sale en los registros.

Una persona que tenga un negocio esotérico debe tener una amplia gama de todo, porque en Barranquilla, por ejemplo, la cultura autóctona es más bien espiritual y muy cercana a la cultura venezolana del Negro Felipe, Guacaipuro (un nativo indígena jefe de varias tribus), la cultura del tabaco... Por eso tengo que tener cosas conocidas. La idea es que también los practicantes de la Religión Yoruba sepan y conozca que hay un local donde pueden encontrar lo que ellos necesitan.

A los que se le entregan los collares aquí se les hace un ritual secreto que sólo es ejecutado por iniciados en la Ocha. Hay quienes compran el collar y cogen a alguien con poco conocimiento para que se los ponga y listo. Pero en realidad no les han hecho nada, no les han puesto nada. Eso tiene un proceso, porque los collares se lavan, se les da de comer, se rezan.

Mi esposa Socorro viene de vez en cuando, pero no está de planta acá. Ahora estoy trabajando con este muchacho, Jorge, que no está muy diestro en la Religión y la cultura pero ha ido aprendiendo con velocidad. Necesita aprender no sólo para trabajar acá, sino también porque es un conocimiento nuevo para él.

En la comunidad afrocubana las personas tienden a ayudarse de una forma u otra, porque es una hermandad. Quien pertenezca a la Religión Yoruba y no lo vea desde ese ángulo está perdido. Les recomiendo a las personas que vienen que se consulten con Ifá para que tenga una idea sus problemas y así poderlas ayudar mejor, y no se auto-receten. Alguien le dice “compra esto, esto y esto” y ahí no está la solución. No a todo el mundo le digo que se consulte, pues ya lo han hecho y vienen con una receta. Si no se puede consultar porque no tiene los medios, por lo menos le doy una orientación, pues yo estoy en el deber de hacerlo de acuerdo al problema, aunque de pronto esa no es la solución completa.

El que viene a buscar ayuda es porque de una forma u otra está vinculado e identificado con el mundo esotérico. De hecho, la Religión Yoruba no predica ni anda captando seguidores, la gente llega sola. No es que lleguen porque uno les dice que lleguen, sino que todo el que llega es por algún tipo de afinidad que siente con esta Religión.

Por pruebas y testimonios que he vivido, veo la Religión Yoruba como la veo. La fe también es de ver, el que no ve nada no puede entender. Pero hay personas que han visto y es ahí donde crecen. Es cuestión de fe, después de eso, viene todo lo demás.

Tabú

La gente pasa lentamente observando los artículos del local. Sólo tiene dos paredes, y una de ellas es la que posee la abertura que lleva a la trastienda. Los ojos curiosos clavan su mirada en las vitrinas queriendo saber qué hay dentro, pero nadie pregunta. Eso es lo que ve Julio a diario. Personas que se pasean delante de él pero fingen estar viendo otras cosas para que no los juzguen.

Champeta, vallenato, salsa, merengue. El ambiente está cargado de todo tipo de ritmos y caras. Pasan varios habitantes de la calle recogiendo botellas plásticas, uno que otro vendedor ambulante, una que otra muchacha serpenteante. Barranquilla está plagada de contrastes y el centro no es la excepción.

El babalawo pronunciaba cada palabra como si brotaran de un mismo árbol: la esencia del África mística. La presencia de la Religión Yoruba en mitad de tanto comercio y bullicio citadino parece algo ajeno, extraño, pero es sin duda el recuerdo de una esclavitud milenaria del alma y el cuerpo. Son prácticas que aún se viven en decenas de países del mundo, rituales y creencias que llevan a esta comunidad a un campo espiritual que pocos conocen.

Cuando me despido, el sacerdote de Ifá me da la mano y me dice que salude a mi madre de su parte. Con una seña le digo adiós a Jorge, el joven de estatura mediana y piel blanca que me atendió en un principio. Mientras me alejo de la tienda, un sujeto que promociona un local de ropa saluda a un caminante desprevenido y lo invita a observar sus productos.

Salgo al Paseo Bolívar y caigo en cuenta de que no tomé la foto para mi registro. Regresé lo más rápido que pude temiendo que Julio se hubiera ido, pero ahí estaba. Se había dormido en la silla detrás del mostrador. “¿Puedo tomarle una foto?” El hombre se levantó con calma y se congeló frente a la cámara. *Clic, clic*. Collares, velas, velones, veladoras del pene, una cortina y el babalawo en la mitad. Pensé en que Oshun también baila cumbia. Aquí, en el Caribe colombiano, también hay personas viviendo bajo las leyes y las creencias de la cultura Yoruba, amoldando sus vidas a las costumbres y rituales de esta minoría africana.

Caminé hasta las afueras de la Plaza para comprar un libro de segunda mano... me perdí entre miles de hojas amarillas y el olor a lluvia.

Anexos fotográficos



Julio Carreño (Babalawo) en su tienda esotérica ubicada en el centro de Barranquilla.



Carlos Ahumada y Carmen Casalins, esposos y practicantes de la Religión Yoruba.